

cad primero el reino de Dios y su justicia: y todas las demás cosas se os darán por añadidura (1). Pedid y se os dará; buscad y hallareis: llamad y se os abrirá (2). ¡Ah! Señor; muévanos á tener esa fé y esa confianza en Tí la historia de tus Santos, y particularmente la de estos modelos de las grandes virtudes del cristianismo, Joaquin y Ana, encumbrados por tu bondad á un grado de gloria tal, que criatura humana alguna, no diré pedir, pero ni siquiera concebir supiera. Así te lo suplicamos por los méritos de tu cara hija, y suya, María. Te lo suplicamos con toda nuestra alma; te lo pedimos con todas las fuerzas de nuestro corazon; toda vez que el dia que principiaremos á amarte y á confiar enteramente en tu misericordia, aquel dia ¡oh Señor! comenzaremos á ser salvos y bienaventurados. Así SEA.

---

## DIA QUINTO.

---

### EL NOMBRE, LA OFRENDA Y LA PROMESA.

*Nomen Virginis Mariae.*  
El nombre de la Virgen es María.  
(Luc 1, 27).

Es tan grande, en realidad, mis amados hermanos, la dicha de tener hijos, que esa dicha es considerada por los orientales como uno de los mayores beneficios de la vida. En efecto; para todo aquel que ha recibido tal mision, no hay satisfaccion alguna tan cumplida, ni placer alguno tan exquisito, como el verse reproducido á sí mismo en otros tantos seres, como hijos ha tenido la dicha de engendrar. Y eso no debe entenderse simplemente en el sentido de la carne, sino mucho más todavía en el órden del espíritu, dado que, en cierto modo, está en la índole y la naturaleza de toda facultad ó virtud, el reproducirse y multiplicarse á sí misma. Sirva de ejemplo, para el caso, lo que pasa al guerrero, al artista, ó al literato; los cuales ven,

(1) MATTH. VI, 33.

(2) IDEM. VII, 7.

allá en lo más recóndito de su imaginacion, la reproduccion de sí mismos en un plan de campaña, en una estátua, ó en un libro cualquiera; sintiéndose arrastrados hácia ella con tal cariño, que no reparan en sacrificar su tiempo, sus estudios y sus desvelos, sólo para que las concepciones de su entendimiento lleguen á ser una realidad ó manifestacion exterior. Empero, tocante á los hijos, para que pueda decirse en verdad, que su reproduccion es una verdadera bendicion, y que da sus frutos, es menester que ellos crezcan de manera, que sean el honor de sus padres, la gloria de su propia pátria y el apoyo de la familia y de la sociedad civil. En vano se intentará alcanzar tal propósito por otros medios cualesquiera, fuera de la religion. De ello nos suministra una prueba la historia de todas las naciones; donde échase de ver, que toda educacion, por solícita y esmerada que sea, resulta impotente para inclinar el corazon hácia la verdadera virtud, cuando no va unida con el temor de Dios. Por eso se nos ha dicho sábiamente: el temor de Dios debe ser, respecto de los tiernos hijos, lo que es el rocío matutino para las flores en tiempo de primavera (1); las cuales, si lo reciben, levántanse vigorosas y lozanas sobre sus tallos para desplegar su natural belleza; mas si aquél faltare, pronto éstas se marchitan, y apénas pueden vivir un solo dia. ¡Ah, padres cristianos! si meditaseis esa importante verdad (confirmada por la diaria experiencia), más de lo que soleis hacerlo, entónces no veríamos, á buen seguro, el linaje humano tan degenerado y corrompido en la juventud, ni vosotros derramaríais tantas lágrimas de amargura por haber dado hijos á la vida de este mundo. ¿Cuándo reflexionaremos, pues, juiciosamente? ¿Cuándo, poseidos de una santa indignacion, contra aquellos que vinieron á desacreditar las piadosas tradiciones de nuestros padres, volveremos á la senda recta y verdadera que ellos nos aconsejaron seguir? ¡Ah! si es que el ejemplo pueda servir para ilustraros, y para despertaros del letargo en este asunto, venid á considerar en esta noche la sólida piedad de Joaquin y Ana; los cuales, tan luégo como hubieron recibido del Cielo el querido don de su tierna hija, María, se dirigieron al Templo de Jerusalem para dar comienzo á ese solemne magisterio, ante todo, con el cumplimiento de aquello que la ley mosaica prescribía en tales casos. Y eso nos enseña, que negocio alguno se principia bien, si no se principia por Dios. Sí, mis amados hermanos; en tal ejemplo aprendereis la manera de atraer las bendiciones de Dios sobre vuestra cabeza, y sobre la cabeza de vuestros hijos. Veámoslo. A. M.

(1) PSALM. CX, 9.



El gozo de los dos afortunadísimos consortes había llegado á su colmo; y con justísimo motivo; no siendo posible imaginar dicha alguna mayor que la que ellos experimentaron, principalmente, despues de la revelacion del misterioso peregrino que visitára su morada. De ahí, que la santa Iglesia, revistiéndose de extraordinaria solemnidad, exclame, arrebatada y como fuera de sí: «Tu Natividad ¡oh Virgen! ha llenado el mundo de regocijo, porque de Ti nacerá el Sol de justicia, Jesucristo, Señor nuestro; el cual libertando al género humano de la maldicion, lo ha de colmar de bendiciones, y triunfando de la muerte, le ha de dar la vida eterna (1)!» Hé ahí unos sentimientos muy dignos de ser renovados en todos los corazones cristianos, los cuales no debieran permitir pasara ni siquiera un solo dia de su vida, sin decir á María, de rodillas, delante de alguna imágen suya, con sincera devocion: Sí; por Ti ¡oh bella Hija de Dios, y Madre suya milagrosa! nosotros obtuvimos la salvacion. ¡Seas por ello eternamente bendecida con tu dulce hijo Jesús! Y nuestros padres, al obrar de este modo, estrechaban su imágen contra su corazon con entrañable ternura, implorando con piedad y confianza su poderosísimo patrocinio. Mas ¡ay! ¡cómo me atrevo yo á decir, que la Virgen debe ser venerada con los afectos del culto doméstico, ahora, en que casi en ninguna casa se encuentra siquiera su efigie, ni áun para la piadosa diversion de los niños? Hoy, bien léjos de ello (lo cual fuera increíble si no fuera una verdad), vemos cierta clase de hombres (pocos, ciertamente, por la misericordia de Dios) que, siendo, en realidad, tan ignorantes en ciencia religiosa, como doctos, acaso, en las ciencias naturales (y ménos mal todavía si esos tales no se afiliaran en las infernales sectas que han jurado guerra á Cristo), no temen hacer la guerra á la bella Reina de los Ángeles, atacando su honor con la mentirosa autoridad de aquel libro (2), que siendo divino en sí mismo y en su integridad, se convierte en impío instrumento de toda iniquidad cuando se acepta adulterado por manos de la heregía; llevando su desfachatez hasta el punto (bien que blasonando siempre de católicos) de no tolerar en sus casas acto alguno que pudiera hallarse relacionado con el culto de esa Mujer inmaculada y divina. Y obran así ¡horror causa el decirlo! para impedir que sus hijos no contraigan la costumbre de honrarla. ¡Oh hijos, en verdad infelices! ¡Oh consortes desdichados! ¡Oh familias dignas de lástima, allí donde gobiernan hombres despo-

(1) Brev. Rom. in die Nativit. B. Mariæ Virginis.

(2) La Biblia.

tas de semejante naturaleza, á los cuales yo llamaría más bien demonios! ¡Almas piadosas é infortunadas, á las cuales os cupo la desdicha de vivir al lado de tales espíritus infernales! muy grande debe ser, en realidad, vuestro pesar, y vuestra vida un terrible martirio. Empero, no desmayeis; ántes bien, desde el fondo de vuestro lacerado corazon, elevad vuestros suspiros al Cielo, confiando en aquel Dios que todo lo puede, y tiene mil providenciales medios para fortaleceros en medio de vuestras tribulaciones. Cuanto más dura sea vuestra prueba, tanto más brillante será la corona que recibireis. Vosotros, empero, ¡oh impíos! temblad; puesto que llegará el momento, en que tambien vosotros acudiréis á aquella bendita Mujer, á la cual estais haciendo la guerra con tan satánico furor; entónces buscareis con vuestros moribundos ojos los dulces rayos de su purísimo y divino rostro, para que venga á apaciguar la tormenta de vuestra agonía; pero ¿con qué confianza podreis implorarla, no habiendo, durante vuestra vida, alimentado en vuestro pecho más que el odio? Bien sabido es, que todo corazon obstinado y eternamente rencoroso, llega, por fin, á tal estado, que es incapaz ni áun de esperanza.

Empero, basta, por ahora, sobre ese triste asunto y volvamos á nuestra historia. Era costumbre, entre los Hebreos, que, nueve dias despues del nacimiento de un hijo, ó de una hija, los padres invitáran á un alegre banquete para una fiesta de familia, á todos los parientes y amigos; no ya por glotonería y para profanar la fiesta, segun se viene practicando en nuestros dias; sino, principalmente, para dar en comun gracias á Dios por el recibido beneficio (1); y de esta suerte se celebraba la imposicion del nombre que se daba al recién nacido. Joaquin y Aná, como celosos observadores de las tradiciones de sus padres, procedieron en tal ocasion segun la costumbre del pais, ó mejor dicho, segun la prescripcion de la ley; de suerte, que fué grande el número de las personas invitadas á la reunion, siendo ésta por demás solemne, por la piadosa y cordial alegría que reinó en ella. Y así, pues, mis amados hermanos, bien podeis imaginaros cuán vivamente desearian ver todos á la agraciada hijita de Ana; la cual, más que criatura terrena, pareció á todos un sér celestial; ¡tal era el resplandor que despedía su semblante! Cada cual expresaba de varias maneras su embeleso; y todos hubieran deseado tomarla en sus brazos, y no dejarla nunca, cubriéndola de besos; de modo que en poco estuvo para que no desmayara Ana, cuyo corazon nadaba en un mar, no sé si decir de gozos, ó de emociones miste-

(1) Véase: Orsini, *la Vergine*, etc., tom. 1.



riosas. Y luégo, llegado el momento de imponerle el nombre, muchos fueron los que se indicaron para el caso, según lo que á cada cual dictaban sus propios sentimientos, ó sus recuerdos particulares de la historia del pueblo de Dios. Empero Joaquin y Ana, inspirados por el Cielo (1), dijeron de comun acuerdo, que debía ser llamada «MIRIAM», que significa MARÍA. La concurrencia aplaudió este nombre milagroso, y así terminó el festivo banquete, al sonido de los címbalos, las flautas y las trompetas, con cuyos instrumentos solían amenizarse tales solemnidades.

Y ahora, mis amados hermanos, observad el designio admirable del Cielo: MIRIAM, en lengua siriaca, significa: SEÑORA, DUEÑA, SOBERANA; y en hebreo: ESTRELLA DEL MAR; y éstos son, precisamente, los títulos con que debía ser ensalzada aquella, que un día había de ser la Reina de los cielos y la tierra, cuando en el firmamento de la Redención de los pueblos apareciese Ella para ser la mística estrella, destinada á conducirnos al puerto de la salvación eterna. Por lo mismo, ese nombre oculta y encierra en sí mismo poderosísimos atractivos de admirable dulzura; de tal suerte, que con sólo pronunciarlo, toda lengua se dulcifica, todo corazón se conmueve, los pensamientos y los efectos elévanse á un grado extraordinario de piedad, y el estilo se reviste de belleza y de esplendor divino. Es un nombre, diré aquí con mi seráfico San Antonio, más dulce al paladar, que un panal de miel, más grato al oído que suave armonía, y más delicioso al corazón que el gozo más puro (2). ¡Ah! tengámoslo, pues, mis amados hermanos, siempre en los labios ese nombre dulcísimo; enseñadlo á vuestros hijos, desde su más tierna infancia; de suerte, que ninguna noche se acuesten, ni se levanten mañana alguna, sin dirigir un pensamiento de santo afecto á su querida Madre María. Y vosotras, ¡oh madres! si el Señor os concediese el beneficio de tener hijas ¡ah! no dejéis de imponerles ese nombre verdaderamente celestial, ó cuando ménos, debeis procurar que vaya siempre unido al principal; toda vez que debe servir de advertencia indudable, que aún el simple nombre, á causa de las ideas que implica y de los recuerdos que trae á la memoria, tiene un poder misterioso para infundir en el alma de aquel ó aquella que lo lleva, no sólo útiles, sinó portentosos gérmenes de moralidad y de elevados y vivificadores conocimientos; por cuyo motivo debemos confesar, que fué sin duda muy profundo filósofo el primero, que renovó en los hijos los nombres de

(1) «E Thesauro divinitatis Maria nomen evolvitur.» S. Petr. Damiani.

(2) «Nomen Virginis Mariæ, mel in ore, melos in aure, jubitum in corde.»

los abuelos; lo cual, en definitiva, no es otra cosa que hacer renacer en su virtud el pasado, para convertirse por tal medio en padre del porvenir. Empero, prosigamos ya nuestro asunto.

Sabed, pues, que entre los Hebreos, á los ochenta días del nacimiento de una niña, la mujer que la había dado á luz, debía, al tenor de la ley, dirigirse al Templo, á fin de purificarse solemnemente, ofreciendo allí al Señor un corderillo, ó bien un par de tórtolas (1); el cordero debían ofrecerlo los ricos; las tórtolas los pobres. Joaquin y Ana, celosísimos observadores de la ley, una vez cumplidos los días, encamináronse sin tardanza á Jerusalem, llevando consigo, como pobres que eran, las tórtolas prescritas. Empero, ellos añadieron á éstas un don tan estimable, que su precio sobrepujaba á cuantos habían sido ofrecidos hasta entónces, y debían ofrecerse á Dios hasta el fin del mundo, es decir, á su propia hija, que quisieron consagrar con aquel acto al Señor, prometiendo colocarla en el Templo, á su servicio, apénas hubiere llegado al uso de razón. Hé ahí, en verdad, una ofrenda agradable al Señor; la ofrenda de Aquella que, desde toda la eternidad, El mismo escogiera por su Hija predilecta, por su Madre, por su Esposa y por su solemne cooperadora en la obra de la Redención. Además, es un verdadero reconocimiento por los beneficios que del Cielo recibimos, devolverle, con todo el corazón, cuanto debemos á su liberalidad, y poseemos de más caro en este mundo. Y no se diga, que nosotros no tenemos nada que ofrecerle, verdaderamente, puesto que cuanto á nosotros nos pertenece, es cosa suya, y una gracia de que El ha querido amorosamente enriquecernos. Pues ¡qué! ¿acaso no pudiéramos, por ejemplo, consagrar siquiera una parte de las horas tranquilas de la noche á ejercicios de piedad; ó con el tiempo concedido á las diversiones, y aún acaso á la murmuración y á los banquetes y placeres, no pudiéramos procurarnos un tesoro para enriquecernos en virtudes, visitando alguna sagrada imágen de la Virgen, ó á Jesús sacramentado en la iglesia más inmediata; y de este modo, haciéndonos agradables á Dios, gustar un poco de aquella grata dulzura que sólo de Él procede? ¡Oh, cristianos! muchos son, y aún infinitos, los medios y las cosas con que podemos hacernos agradables al Cielo, y trabajar para nuestra salvación.

Así obraron Joaquin y Ana, no perdonando ocasión alguna para mostrarse afectuosamente sensibles y reconocidos á su Criador. Sigámosles entretanto al efectuar su regreso, desde la ciudad santa de

(1) LEVIT XII, 1.



Jerusalen á su pais natal, donde les estaban aguardando los pobres; para cuya hospitalidad se hallaba sin cesar abierta su casa con tanta generosidad, que bien puede decirse que era, al mismo tiempo, un santuario de su privada cuanto afectuosa devocion; devocion más fervorosa y ardiente que nunca, en reconocimiento de la milagrosa hija, cuya custodia les estaba confiada. ¡Oh, Nazareth, ciudad un tiempo tan oscura, y que ahora eres tan gloriosa para el universo entero! refiérenos la inefable dicha de que gozaron Joaquin y Ana desde aquel dia en adelante, empleando los instantes de su vida en amorosos y tiernos desvelos respecto de la cariñosa María! Como hija que era de la gracia, crecía ella como una flor del Paraiso, ó si se quiere, como uno de aquellos lirios del campo, ensalzados más tarde por su hijo Jesucristo, cuando dijo que su belleza era superior á todo el esplendor de la gloria de Salomon (1); como uno de aquellos lirios, repito, que, segun añade san Bernardo, embalsaman los aires, á los primeros resplandores del alba con el olor de la esperanza (2); de suerte, que basta contemplarlos para que el corazon quede prendado de ellos. Y era, que Ana, bien que anciana, la alimentaba con su propia leche, depositando ya, desde entónces, en su corazon la semilla de la religion, del amor y de la piedad. Y aquí, menester es observar, que en aquellos tiempos de ingénuo simplicidad y virtud, las madres dispensábanse rarisima vez de alimentar á sus hijos por sí mismas y con su propia leche; de suerte, que no se lee, en toda la larga historia de las mujeres hebreas, más que de tres nodrizas que no fueran verdaderamente madres; cuales fueron la de Rebeca, la de Mifiboset, y la de Gioas. En nuestro dias, por el contrario (¡oh funestos efectos de la afeminada y corrompida civilizacion de nuestro siglo!); muchísimas madres, sin necesidad alguna, y enteramente desnaturalizadas, confían la lactancia de sus hijos á manos mercenarias, viviendo de esta manera separadas de ellos como si no los hubieran concebido; y aún, algunas veces, obran así para llevar una vida disipada y pecaminosa. ¡Oh madres, peores que las madres paganas! ¿Pudierais ignorar, por ventura, que Dios formó vuestro corazon enteramente para el amor, á fin de que con el aliento inefable que se desprende de vuestros lábios, formarais los frutos de vuestro seno para la vida de la inocencia y de la virtud, á fin de que, cual angelitos de la primera creacion, regocijen la tierra con su celestial sonrisa? ¡Ay de las criaturas que nunca recibieron el con-

(1) MATTH. XI, 28.

(2) «Habentes odorem spei!»

suelo del ósculo materno! Ellas son como aquellas tiernas flores, que no siendo nunca refrigeradas por el rocío del cielo, perecen ó degeneran de tal suerte, que ya no son nada de lo que fueron al ser plautadas, trocándose, á menudo, en espinas, cuya semilla se vuelve luégo más maligna y aún ponzoñosa. Sabido es, que la verdadera vida de los hijos se forma para los sentimientos de religion y de piedad con la leche maternal: tal es el tierno jugo, que, más tarde, tiene que aumentarse con la sangre, á medida que ellos vayan creciendo en edad y en inteligencia: todo eso se hace imposible con el amor de una mujer que no sea verdadera madre; toda vez, que sólo del amor materno hizo Dios el portento de todos los amores.

Y á este propósito, dispensadme que os haga notar otra costumbre, de la cual ya no se hace caso alguno en nuestros dias; pero, que la experiencia aconseja que debiera tenerse muy presente, dado que es cierto, y muy cierto, que sobre el ánimo de los niños, ménos influencia ejercen las ideas que las imágenes de los objetos sensibles. Pues bien; allá, en los tiempos de nuestros mayores, cuando todavía no se había vuelto pagana la vida civil de los cristianos, sinó que todo se inspiraba en el espíritu religioso; tan pronto como los niños, apoyándose en sus propias fuerzas, empezaban á divertirse en el interior de sus propias casas, solíase poner en sus manos algunos objetos de tierna devocion católica; por ejemplo, imágenes de Ángeles, de Jesucristo, de la Virgen María y de varios Santos. Así ellos se ejercitaban en representar sobre pequeños altares las sagradas ceremonias que habían visto por vez primera en la iglesia en la imponente celebracion de los augustos misterios de nuestra religion. Por medio de tales ejercicios, crecía tan viva y espontánea la piedad en sus corazones, que las familias ofrecían una verdadera imagen de lo que fué la sociedad católica en los primeros tiempos del cristianismo. ¡Oh, padres venerandos de los pasados siglos! Cuánto hemos nosotros degenerado, olvidando vuestros ejemplos y despreciando aquella sabiduría que nos legasteis en herencia, fruto de la experiencia de tantas generaciones! ¡Ah! hoy, desgraciadamente, se ofrece á los niños para su diversion, instrumentos de guerra, funciones teatrales, y pugilatos, que casi se parecen á los espectáculos de los antiguos gladiadores; acaso por el temor (¡desdichados de nosotros!) de que crezcan demasiado mansos, y con inclinaciones demasiado tiernas, en la sencillez de los hijos de Dios. ¡Oh padres! oh madres de familia! ¿hubierais, acaso, olvidado hasta las enseñanzas de la experiencia, por las cuales vemos, que las primeras



impresiones de la infancia deciden, las más de las veces, de la suerte de la vida entera? Sí (tenedlo bien entendido); las primeras impresiones, sean éstas buenas ó malas, restan grabadas en el corazón de los niños tan profundamente, que en vano intentárais borrarlas. ¡Ah! obremos, pues, juiciosamente en asunto de tanta importancia, del cual depende el bienestar, la prosperidad y el porvenir, no sólo de la Iglesia, sino aún de la humana sociedad y de vuestras familias. No despreciéis, no, las tradiciones de nuestros padres, que de ello adquirieron, antes que nosotros, la convicción y la saludable experiencia; y creed, que en la imitación de aquellos ejemplos consiste la verdadera sabiduría de la vida. Tal enseñanza, por otra parte, no puede ser para vosotros cosa de muy largos y costosos sacrificios. ¿Teneis, por ventura hijos? Pues bien, contemplad á Joaquin y Ana, aprended de su ejemplo el arte de educar á la familia. Ellos, enteramente ocupados en las tiernas, asiduas y piadosas solicitudes hácia su querida hijita María, tuvieron el dulce consuelo de verla crecer como un angelito del cielo: tierna, modesta y piadosa, hasta el punto de llenar de admiración, no sólo la tierra, sino aún el Paraíso! ¡Oh! bienaventurados aquellos que se atienen á esa sabiduría; sabiduría propia de los hijos de Dios!

Nosotros te saludamos ¡oh criatura celestial, preciosísimo reflejo de la mente de Dios, flor agraciada del Paraíso, dulcísima hija de Joaquin y Ana, María! ¡Oh! como Tú, apenas nacida, regocijas con tu sonrisa al universo! ¡Oh! cómo á medida que vas creciendo, muestras toda la abundancia de la gracia, de la cual serás eternamente la mirra escogida, el bálsamo suave, el cinamomo oloroso, la rosa de Jericó (1), la azucena de los valles (2), el decoro del Carmelo y de Saron (3), la estrella de la mañana, la delicia del Cielo, el consuelo de la tierra, la maravilla de los siglos! ¡Ah! contempla el gozo inefable de tus ancianos padres, y las tiernas lágrimas que derraman al contemplar tu rostro divino! ¡Haz, oh María, el que también á Ti dirijan sus miradas de admiración y de complacencia todos aquellos que en la tierra son llamados al sublime ministerio de la paternidad; que todos ellos reconozcan cuán grande es la dicha de tener hijos, según el corazón de Dios; que crezcan con el sonris de la inocencia y la virtud; la cual, empezando á manifestarse desde los primeros años de su infancia, regocija el seno del hogar doméstico, prometiendo abundantes frutos de honestidad y honor para el porve-

(1) ECCLES. XXIV, 18 et 20.

(2) CANT. II, 1.

(3) ISAI. XXXV, 2.

nir! ¡Oh, niña celestial! ¡Ah! que la imagen tuya, la cual representa los primeros años de tu vida al lado de tu madre Ana, regocije toda casa cristiana, y que al rayo de la luz purísima con que brillas cual aurora de nueva creación para la tierra, la tierna generación que hoy crece, se sienta movida de tal amor hácia la virtud, que surja de ella la regeneración de la humana familia, corrompida tan miserablemente en el lodozal de los vicios; pues para esto te crió el Señor, esto es, para que reflejaras de una manera la más admirable la belleza de la gracia y de la inocencia en el universo. En Ti y por Ti, sea santificada, pues, la nueva generación, á fin de que bendiga eternamente tu nombre; nombre que igualmente bendecimos cuantos nos hallamos aquí reunidos, al ver que, destruida de nuevo la maldición por tu Natividad, hemos recuperado la bendición; y, confundida la muerte, hemos vuelto al sendero que conduce á la vida eterna. Guíanos, Tú, pues, á todos por ese camino de vida y de salvación, para que podamos conseguir la felicidad eterna. Así SEA.

## DIA SEXTO.

### LA FIDELIDAD.

*Si quid vovisti Deo, ne moreris reddere.*  
Si hiciste algun voto á Dios, no tardes en cumplirle.

(EXOD. V, 3.)

Bienaventurado el hombre, mis amados hermanos, que sustentado, desde sus primeros años, con la leche de la religion, juró guardar, y guarda fiel, sus promesas al Señor, despreciando los consejos de los impíos y los caminos de los pecadores, para los cuales no hay promesa sagrada, si se exceptua la del delito y de la iniquidad; con la cual se hacen ministros del Infierno para su propia perdición y la de sus hermanos (1). Ved, pues (dice el Salmista), á ese tal, cre-

(1) PSALM. I, 1.